

BAJO LA LLUVIA DIOS NO EXISTE

Warren Ulloa Argüello

1

Ella llegó con los abejones de mayo. A todos los compas nos dejó como locos cuando la vimos entrar esa mañana oscura de lunes. Se llamaba María Belén, tenía diecisiete años y según las malas lenguas la habían pasado de cole por problemas disciplinarios. El pelo era una catarata castaña. Sin embargo su carita de niña contrastaba con el expediente que tenía entre las piernas. Por ahí de uno setenta de estatura; flaca y bronceada. Usaba un montón de pulseras y grandes aretes. Caminaba con plasticidad.

Al tiempo y gracias a la popularidad de su belleza, el resto de las güilas del colegio le declararon la guerra, pero a ella parecía no importarles. ¿Por qué iba a importarles si tenía a la

mayoría de maes en el bolsillo? María Belén María Belén María Belén la invocaba debajo de las cobijas por las noches o entre la espuma del jabón por las mañanas. Era en esas ocasiones cuando ella empezaba a dibujarse en mi memoria: primero la cara, luego la chema del cole que le quedaba provocativamente pequeña y que permitía que se le asomara el tatuaje que tenía en la cintura; después, en mi imaginación, bajaba hasta el pantalón tan ajustado que le partía en dos el culito tan rico que tenía y en donde me hubiera gustado hundir la nariz y así iba recordándola hasta que empezaba a bizquear, luego el éxtasis y ella desaparecía.

Un día que iba para clases, me la encontré acomodando sus tiliches en el interior del casillero y fue cuando noté que adornaba sus cuadernos con postales y recortes de Radiohead, Bob Dylan, Jim Morrison y una calca que decía “Mabe ♥ el yoga”. Ella se dio cuenta de que le estaba viendo sus varas. Mabe es el diminutivo de María Belén, mi nombre, me aclaró sonriendo. Estaba en quinto y los uniformes, a diferencia del resto de grados, tenían como particularidad el color papaya de la camisa con el apodo o nombre y el año de la generación bordados al lado izquierdo del pecho. Fue un bañazo que me haya agarrado viéndole sus cosas. ¿Le gusta el yoga?, balbuceé. Bastante, pero tengo tiempo de no practicarlo. Siguió guardando sus útiles en el bolso sin prestarme mayor atención. Cerró su casillero. Nos vemos, se despidió. Me sentí como un

imbécil por el corto diálogo que tuvimos. Sin embargo, decidí practicar yoga; supuse que así podría tener un tema de conversación con Mabe la próxima vez que decidiera hablarle.

Quiero practicar yoga, le dije a mi mamá un domingo por la mañana. Ella me miró extrañada. ¿Y ahora qué avispa lo picó? Le metí el cuentazo de que para pasar el cole necesitaba paz interior y qué mejor que el yoga; además, practicarlo, le recomendé, podría ayudarle a sobrellevar el divorcio. Fue cuando mamá forzó una sonrisa de aprobación. Pues vayamos.

Por recomendación de una amiga suya, quien también lo practicaba, fuimos a un lugar que se llamaba El Aliento del Logos. Cuando llegamos, el instructor (que parecía una especie de Luis Miguel de ojos azules pero con acento colombiano) nos dio la bienvenida y habló sobre los beneficios del yoga: salud emocional y espiritual. Nos dijo que esa práctica nacida en la India hacía cientos de años era el sendero para encontrarnos a nosotros mismos. Tomó agua de una botella que tenía a un lado y empezó a hablar sobre su experiencia personal. Por poco me largo: me pareció un completo bostezo aquella hablada de que él era un exitoso empresario que tenía todo, pero que no era feliz y que hasta cuando empezó a practicar yoga supo cuál era su misión en la vida, agarró sus ahorritos, según dijo, hizo maletas y se fue de *tour* al sur de Asia en donde se especializó en el yoga y estando allá, en un seminario de capacitación, conoció a la mujer de su vida y casi de seguido nos la presentó: era una tailandesa riquísima como sacada de una película

porno asiática. Claro, me dije, esa era la misión en su vida: ligarse semejante rabo. Así hasta yo.

Le pidió que nos hiciera una demostración de lo que el yoga podría hacer con los años. Ella primero nos hizo una reverencia, el saludo al sol, creo que se llamaba, luego hizo una serie de muecas que me parecieron movimientos de *breakdance*. Finalizada la rutina, el instructor nos explicó que si éramos constantes podríamos alcanzar tal flexibilidad y nos dijo que sería su esposa quien nos daría las lecciones básicas de iniciación.

A las semanas (y era de esperar gracias a la agenda que manejaba) mamá descartó el yoga, no tenía tiempo, el celular siempre le pasaba sonando en plena rutina lo que puteaba a todo el mundo; pese a la continua advertencia de apagar el celular, mamá no lo hacía, porque para ella primero el trabajo. Entonces seguí yendo solo a clases, más que todo por ver a la tailandesa en aquellos ajustados buzos que se ponía y con los que se le repintaba todo.

Mientras tanto, esperaba el momento oportuno para hablar con Mabe, a quien siempre veía apurada por los pasillos del cole. Mi intención era verla en un lugar más tranquilo como la soda, almorzar juntos y contarle sobre mi experiencia con el yoga, compartir anécdotas o lo que fuera para conocernos mejor, sin saber lo que vendría con ella.

No la vi durante una semana ni siquiera en el colegio, y con su ausencia entró el veranillo de San Juan. Mi vida sin ella durante esos soleados y ventosos días se volvió monótona: ir a clases y a entrenar. ¿Que si la llamé al celular? Una cantidad de veces, pero solo su contestadora respondía. Le dejé un par de mensajes de voz, pero no lo hice más cuando caí en cuenta de que debía de estar agüevada y enfurecida por lo ocurrido con su tata. Por esta razón, y para no joderle la vida, le di su espacio, que fuera ella, decidí, quien tomara la iniciativa si quería verme. Tal decisión tuve que enfrentarla mordiéndome los nudillos, y se me vino a la mente lo que me había dicho Juan Pablo sobre mi adicción a Mabe.

Eugenia, y a veces mamá, notaron durante esos días mi comportamiento alejado. Les dije a ambas que no ver a Mabe me daba por la comemierda; pero claro, nos les daba mayores detalles sobre la vara, a pesar de la insistencia de mamá por preguntarme si había ocurrido algo entre nosotros. Yo le decía que era un asunto de pareja, que me dejara tranquilo porque yo nunca me metía en sus varas; cuando le decía eso, empezaba con la perorata de que le tuviera confianza. Me dio risa cuando mi mama me lo exigió. Estaba tan deprimido que hasta las tareas hacía, qué locura.

Un jueves por la mañana estaba yo en mi cuarto leyendo un libro que saqué de la biblioteca personal de mi mamá, sobre la dependencia de pareja, escrito por el doctor Dobson, cuando sonó el teléfono. Contesté. Aliste ropa, nos vamos para Santa Tere, pero póngale, me ordenó Mabe. Le pregunté que dónde había estado, pero me colgó, no dijo más. Me asomé a la ventana y alcancé a ver el Peugeot 206 gris afuera. Mis venas por poco se me salen de la piel impulsadas por la alegría.

Alisté varias mudadas, un par de zapatos, vacié el bulto del colegio y ahí metí toda la ropa hecha un puño y las chanclas en una bolsa de AutoMercado. Dejé una nota en el refrigerador: *“Me fui con Mabe a la playa, besos”*. Me valió picha el cole, de todas maneras estaba mamando en cinco materias. Cuando salí, Mabe estaba recostada sobre la tapa del carro, entretenida con el celular, sonrió cuando me vio llegar. Tenía el pelo sujetado con una diadema blanca, enormes gafas de sol que le cubrían la cara y le daban un aire misterioso, se había puesto una blusa de tirantes amarilla y una bermuda de surflo floreada. La besé con tantas ganas que hasta las lágrimas se me salieron; le dije mil veces que la extrañé en puta. Aunque te suene a bolero, le dije quedito. Ella sonrió a media luna. Hoy es la serenata de quintos, pero prefiero jalar para la playa. Me contó entonces que durante ese tiempo en que no nos vimos estuvo donde su mamá sanando heridas y limpiándose del veneno. Se cagó mil veces en su papá, pero prefirió no comentárselo a

doña Ofelia. Supo esconderlo. Estaba tan llena de odio que era capaz de hacer una locura. Solo Agustín es capaz de provocarme esos sentimientos. Pero ahí no paró la bronca, mae, porque al día siguiente el carepicha ese continuó y lo maldije en la cara. Me cacheteó, me pidió respeto, y entonces le grité, le ladré mi odio hacia él y se lo advertí que te diría a vos quién es en realidad Agustín Bracamontes y por qué lo detesto tanto, pese a que es mi tata. Guardó silencio y dijo casi como si lo estuviera escupiendo: Agustín, Bernal, Agustín es un pedófilo de baja calaña, por eso lo detesto, por más papá que sea su figura me produce repulsión, es un hijueputa enfermo.

Sobrepasó un carro, luego otro, se acomodó detrás de un pesado furgón de DHL que iba adelante y siguió hablando: Fue una tarde, yo estaba en tercer año del cole, había salido temprano y tenía que hacer una tarea; al llegar a la choza descubrí un bulto en la mesa, me extrañó y lo abrí para ver de quién era. “Noelia Díaz”, leí en la contraportada del libro de Estudios Sociales que curiosamente era el mismo que yo estudiaba. De pronto, escuché unas risas que venían del cuarto matrimonial de mis tatas. Guardé el libro y me fui a vinar. Vi a Agustín con la tal Noelia. Ella se la estaba chupando y él la masturbaba. La güila andaba aún con la camisa del cole, y lo peor de todo es que mientras se la chupaba, Agustín puso una cámara de video para filmar. Él no se dio cuenta de que los vi. Sin embargo, esa imagen me marcó para siempre y la cargué durante

mucho tiempo en mi memoria; no abrí el pico para decir esta boca es mía, hasta ahora que me animo a confesártelo.

Siguió rayando carros, como si manejar rápido fuera en ese momento también el reproductor de su memoria. Hasta que una vez el muy enfermo, ¿vas a creer?, ¡trató de violarme!, ¡mi propio tata intentó violarme! Me agarró por la cintura y no me dejaba ir, me decía que él me quería mucho y de lo mucho que me quería me iba a hacer mujer. Tenía dieciséis años cumplidos, me empezó a manosear toda, a darme besos en el cuello, a tocarme las tetas, hasta que logré zafarme y le di un señor codazo en la pura cara y luego me encerré en el cuarto donde me armé con el gas pimienta que acostumbro andar. Mami, al darse cuenta de lo que intentó hacerme Agustín, le pidió el divorcio, solo así podría estar tranquila para denunciarlo, porque por más que se separara de Agustín, siempre sabría que legalmente estaría casada. Solo el divorcio la tranquilizaba, pero cuando se lo pidió el mae se negó; hasta que mami, una vez al borde de la desesperación, lo amenazó diciéndole que si no le daba el divorcio se suicidaba. El mae no tuvo otra opción, la muerte de mi mamá podría ensuciarle su intachable imagen. Después de firmar los papeles, lo primero que hizo mami fue echarlo al agua denunciándolo por toda la industria que tenía Agustín y por el intento de violación contra mí, pero la denuncia no pasó a más. Ya Agustín se había movido, y como castigo hizo todos los trámites posibles

para obtener mi custodia, y lo logró, no sé cómo pero lo hizo. No te imaginás cómo se puso mi mamá, por poco para en loca. Bernal, ese mae está bien parado, tiene buenos contactos en el gobierno. Recuerdo cuando estaba más carajilla, Agustín armaba fiestas cuando cumplía años y solo gente importante llegaba, rocos en trajes enteros. Mi mamá me obligaba a ponerme unos vestiditos que solos los usaba cuando iba a misa y que yo detestaba, y hacía lo mismo con mi hermana mayor. En esas fiestas, Agustín gastaba mucha plata. Y bueno, desde ese momento mi mamá hizo todo lo que estuvo a su alcance para quedarse conmigo, hizo cuanto papeleo alguien se puede imaginar, para que la escucharan, pero nada, ningún periódico, ningún canal, nadie le daba pelota. Agustín se lo bloqueó todo, de modo que la única herramienta que tuvimos a mano fue hablarnos todos los días a todas horas. Mis primeros días de convivir con Agustín lo maldije, lo escupí, hasta lo amenacé con un cuchillo, que si me volvía a tocar lo mataba, de modo que me jalaba a donde mami, pero al ver que eso más bien le traía broncas, lo que hice entonces fue inmolarme de a poquitos y sin darme cuenta. Caí en una depresión hijueputa, y quien advirtió la vara fue el psicólogo del cole, llamó a Agustín y le hizo ver que yo no ponía atención en clase y comenzaba a experimentar un comportamiento diferente, me aislaba de mis compañeros, participaba poco y faltaba mucho a clases. Cuando nos citó a ambos no denuncié a Agustín, no tuve el valor. ¡¿Vas a creer, mae?! En esa época fue que conocí a Ratatás y con él las drogas, el

hongo, y con el hongo el surrealismo, y con el surrealismo la poesía y con la poesía la huída de esta mierda, *¡fuck!*

Las lágrimas le chorreaban. Descubrí que la poesía era una forma primero de manifestar el paraíso que experimentaba en cada viaje con el hongo, retratar lo que veía al alejarme de mi realidad y luego otra forma de que la poesía misma me ayudara a sobrellevar mi vida, pero es difícil. A veces le doy cuerda a la vara y me pregunto en cuántas vidas se habrá cagado Agustín, porque por más que quiero es una vara que no puedo superar, porque me viene a la mente el día en que me manoseó. ¡No puedo!, ¡no puedo!, ¡no puedo! ¡Picha!

Le pedí que se calmara, porque le contaría a mi mamá y ella como abogada hundiría a Agustín. Mabe se cagó de risa de manera forzada: Pfff... Sea más serio, tu mamá, aunque no lo creás, cayó en la misma telaraña en donde estamos mi mamá y yo, y por más buena abogada que sea no podrá salir de ese hueco. Créame, yo sé por qué se lo digo. Agustín es un hoyo negro, todo lo que toca lo consume y lo echa a perder, pero si quiere vaya y le dice a su mamá quién es Agustín, pero no le va a escuchar ni aunque mi mamá y yo le vayamos a contar ni aunque vaya todo un mariachi a cantarle.

Miré hacia afuera, con la cabeza hecha un mar picado. Todo iba pasando, curvas, neblinas, zona montañosa, y luego más curvas, tan inclinadas y tan altas que los oídos me zumbaban.

De un momento a otro el sol radiante de ese sábado dio paso a lluvia y frío, pero al poco rato volvimos a estar en medio de la montaña, en un paisaje verde y monótono. Luego de un rato, ya cuando Mabe se había tranquilizado, comenté: Mae, ¿a vos no te molesta esa imagen que venden del país? Ella me preguntó cuál imagen; la que sale en Google, en las estampillas o en las guías turísticas: la Costa Rica de volcanes, de iguanas, de bosques, de tucanes y playas y todo eso. Van a creer que acá es una jungla, y que el presidente es un guardabosques como en un capítulo de South Park, le expliqué. Ella sonrió: Diay mae, es natural, los europeos también deben estar cansados de que representen a sus países a través de castillos, catedrales y todo eso, además es mil veces mejor vender la imagen de una playa bien sabrosa que la de Chepe.

Al cabo de un rato nos detuvimos a un lado de la pista para tomar algo en uno de esos puestos improvisados donde venden frutas, maníes, aguacates, apretados, mango con sal, agua de pipa, prestiños y hasta lotería. Nos bebimos un par de pseudococteles naturales de mango, zanahoria y naranja y cuyo ingrediente principal era una comunidad de coliformes, o sea mierda, caquita. Pero teníamos tanta sed que no nos importó.

María Belén me dijo que se moría por una birra bien fría, pero donde estábamos (entre una montaña y un guindo) no había ningún bar. Frente a nosotros vimos pasar grupos de gringos que venían de regreso de la playa, todos con tablas de *surf* y rojos como pichas de

perro, y bastantes estúpidos porque compraban cuanto baratija les endosaban bajo el pretexto de artesanía autóctona de Costa Rica.

Volvimos a subir al carro. Hubo un largo silencio que se rompió cuando le pregunté a Mabe que si andaba hongos; me dijo que sí, que estaban en su bolso de Ian Curtis. Tenía una buena cantidad, pero me recomendó que no me comiera ninguno todavía porque la idea era comerlos en la playita con Ratatás; entonces cerré el bolso.

En el mp3 se escuchaba Peter Tosh. Mientras aquella deliciosa música sonaba, recosté la cara en la ventanilla. El paisaje al lado se sumergía y volvía a emerger otra vez, infinitamente. Arriba, entre montañas, alcancé a ver las torres de la Compañía Nacional de Fuerza y Luz; en lo alto una imagen de Cristo con los brazos abiertos y una que otra mansión de algún gringo comemierda. La soledad de la pista (que por momentos parecía infinita, por los guindos y la espesa jungla que marcaba lo que alguna vez fue una montaña virgen) me hipnotizaba por momentos.

La tarde fue cayendo y el sol y sus rayos anaranjados se reproducían en los letreros viales. Montezuma tantos kilómetros. Santa Teresa otros tanto. Malpaís el doble de los otros tantos. Los últimos vestigios de civilización habían quedado atrás hacía rato y no era civilización exactamente en los términos globalizados, sino un grupo de chantes (tres para ser te exacto)

sobre la falda de la montaña. Lo que veía mucho en camino era la cantidad de letreros de *Real State* y *For Sale* o tarifas hoteleras, todo eso sí en dólares y en euros.

La carretera era una recta solitaria que apuñalaba al sol.

A las cinco de la tarde subimos al ferri. Mabe llamó a Ratatás y le dijo que llegaríamos tarde, por lo que, para no molestar a su familia, nos quedaríamos en algún motel para gringos mochileros; él dijo que no había problema.

En el ferri, Mabe se tomó la tan ansiada birra y mientras yo vomité hasta cuatro veces. El oleaje y la música ranchera a todo volumen me enfermaron. No me cabía en la cabeza cómo aquellos rocos que tenía al lado: gordos, con crucifijos de oro en el pecho, de sombrero y botas de vaquero, tomaban tan alegremente. Tenían los cachetes rojos. Llegamos a Montezuma a eso de las diez y pasamos lo que quedaba de la noche en un motel, copado por surfistas, que olía a puro sobaco y mota.

A la mañana siguiente, nos levantamos, llenamos el tanque del Peugeot y nos pusimos en marcha rumbo hasta Santa Tere. Mabe llamó a Ratatás para pedirle la dirección exacta. Quedaba a cuarenta y cinco minutos de distancia, según la dirección de Ratatás. Les preguntamos a los vecinos por la dirección y pudimos llegar luego de casi una hora dando vueltas por caminos polvorientos.

La casa de Ratatás era sencilla, de madera, incluso las ventanas no tenían vidrios, sino que eran pequeñas puertezuelas y el piso estaba chorreado. Las paredes por fuera estaban sucias; por jardín tenía dos palmeras y Ratatás estaba sentado en una hamaca con una guitarra. Apenas nos vio se levantó y nos saludó con abrazo y todo. Estaba sin camisa y hasta ese momento le descubrí el tatuaje del Che Guevara que tenía al lado derecho de su pecho.

Vimos un grupo de gallinas que corría. Ratatás nos invitó a pasar a su casa. Adentro, la sala estaba en impecable orden. En la pared guindaba un cuadro con la estampa clásica que abunda en las casas humildes: perros jugando *pool*. Sobre la trastera una imagen en yeso y mal pintada de la Santísima Trinidad. Detrás de la puerta había una cruz de palma. Los cuartos no tenían puertas, sino cortinas, y el único que la tenía era el cuarto de Ratatás. Sobre la mesa, un tazón con frutas artificiales. Por toda la casa olía a orégano, a culantro y a espiral Gala espanta zancudos. Fue entonces que se asomó la mamá de Ratatás, secándose las manos con el delantal. Una señora regordeta, pelo amarrado en una cola. Caminaba muy lento, las piernas fuertes, hasta musculosas con una que otra várice, en sandalias de hule Kam Lung verdes. Muy tímida o desconfiada o así era ella. Ratatás le dijo: Son unos compas de Chepe que vienen a quedarse unos días; así nos presentó. La señora apenas nos sonrió.

Ratatás luego nos pasó a su cuarto. No tenía cama, sino un colchón en el suelo y varios libros a la par. La ropa estaba metida en una caja de lavadora, a manera de armario. Mabe le preguntó detalles de su huida en el hospital, él le contestó que fue Valeria quien le ordenó jalar, puesto que ella se había encargado de enredar la investigación de la muerte de Méndez, de modo que había aprovechado un cambio de guardia para dejar el hospital. No se refirió más al asunto y prefirió felicitar a Mabe por el cambio del color del pelo y por el Peugeot 206.

Luego le comentamos cómo había estado la fiesta de cumpleaños de Mabe y de lo que se había perdido, pero él nos contestó: Mejor, ando huyendo de tanto despiche, quiero paz, un poco de paz. Ahora vamos a pescar, a ver si nos ganamos la comida. Mabe nos pidió que la aguantáramos un toque y sacó del carro el bronceador, los lentes, una pañoleta y un sombrero de paja grande, como de campesina vietnamita.

El papá de Ratatás era pescador y desde hacía un par de días andaba mar adentro. Los otros miembros de la familia Duarte eran la hermana, que andaba en el colegio, y su otro hermano, que acompañaba al tata.

Fuera de la casa estaba amarrado un chanco, don Petete se llamaba, y era la mascota de la familia; según Ratatás, el animal rompía con su destino ya que había sobrevivido a la chicharronada de

fin de año. Cuando pasó a su lado, el chancho levantó el hocico para que Ratatás le hiciera una caricia.

De camino nos encontramos con carajillos mejengueando en media calle con una bola que no era más que un cuero viejo; perros todos flacos deambulando con la lengua afuera y uno que otro sabanero arreando ganado. A lo largo de la playa, muchos troncos y ramas de palmeras víctimas de la sal y las mareas, los árboles parecían estar de puntillas cuando la arena les cerraba el paso. Las olas al chocar contra las rocas dejaban atrás una cortina de minúsculas gotas que le otorgaban al mar un aire majestuoso.

Luego de caminar unos quince minutos por la playa llegamos a un lago. Ratatás se subió sobre una destartalada lancha con una leyenda que decía: “Pedro pescador de hombres”. Mabe caminó de puntillas. Nos subimos. Ratatás hizo el intento de arrancarla varias veces hasta que pudo y nos ordenó agarrarnos de lo que fuera. La endiablada máquina atravesó a toda velocidad aquel improvisado lago de aguas tranquilas y salió a mar abierto. Me asusté cuando volví a ver hacia atrás y no vi los árboles ni las palmeras ni la arena, solo el inquietante horizonte. Mabe, por el contrario, estaba extasiada.

Lo mejor del viaje sin duda fue cuando, al cabo de media hora, vimos al lado de la lancha, nadando junto a nosotros, una decena de delfines. Mabe gritó de alegría, eran como cinco a cada

lado. Ratatás dijo que eran los guías de los pescadores, pero yo pensé más bien en un atuncito con vegetales.

Conforme avanzábamos y nos internábamos mar adentro, vimos un grupo de lanchas en medio de la nada que formaba un triangulo. Ratatás bajó la velocidad de la maquina y se acercó a una de ellas. Eran vecinos que al verlo lo reconocieron por la lancha que conducía. Ratatás pidió una caña aprovechando que estaban pescando a trasmallo; eso me dijo, y entre bromas le pasaron una caña y con ella un tarro lleno de camarones. Cogió uno de los bichos, le atravesó los ojillos y lo mandó al mar. Después de diez minutos y varios camarones sacrificados sacó dos pargos, luego les preguntó a los maes de la otra lancha si tenían una red. Una lonja sardinera ojalá, advirtió. Uno de ellos buscó en la lancha y se la dio, Ratatás la cogió y me dijo que la tirara. Lo hice, pero me salió una pelota que cayó al mar de la forma más; todos se cagaron de la risa, de las otras lanchas escuché chiflidos. ¡Sobón, agárrese la picha, papá, o si no también se le hunde y aquí tenemos repuestos!, dijeron. En mis adentros me les cagué mentándoles la madre. Para esta vara que hay tener talento, dijo Ratatás jugando de pichotas. Lanzó la red al mar y la hijuepueta, como si estuviera burlándose de mí, se abrió en el aire como una telaraña que se sumergió dócilmente. Lo hizo varias veces y de esa forma, después de estar lanzando y recogiendo, pudo pescar tres gigantescos peces, le pregunté por la raza y él sonrió. No seas vos tan raza Estos

bichos son dorados, güevón, los otros que saqué con caña son pargos, que son más que pequeños; a estos monstruos solo con red se pueden pescar, ¿así o se la dibujo? De verdad que el malparido de Ratatás sabía lo que hacía. Mientras Ratatás me daba clases de pesca, Mabe aprovechó para untarse por todo el cuerpo el bloqueador, luego me pasó la crema por la nunca, la espalda y me dio un poco para que me lo pasara por los brazos y el pecho, se puso un paño en la cara y se acostó a tomar el sol aprovechando cómo se mecía la lancha. Después de unas horas que se me pasaron volando volvimos a tierra firme. Mabe, según ella, había agarrado el color que quería. Ya estaba anocheciendo; fue muy chiva ver a los lejos la costa iluminada por decenas de lucecitas parpadeantes.

Comimos sopa hecha por doña Iris. Mabe al principio mostró cierto desgano, pero la comprendía porque le conocía más o menos su dieta a base de Nutellas, Pringles, sopas chinas, Froot Loops, salchichas, y todo aquello que no estuviera en su dieta lo catalogaba de exótico y peligroso y de seguro no se hubiera animado a comer la sopa si desde antes hubiera sabido que estaba hecha con base en sustancia de cabezas de pescado. Yo no lo supe en el momento, sino a las horas cuando Ratatás me lo dijo. Desde luego nunca se lo dije a Mabe. Pero en fin, la cena me cuadró.

Mientras desayunábamos, el celular de Mabe sonó. Tu mamá, me dijo extrañada. Cuando lo cogí y le dije aló, doña Fabiola empezó a decirme: Cuando esté acá arreglamos, no le voy a permitir que usted desobedezca las reglas de esta casa, ya verá. No había terminado de regañarme cuando le corté y seguí desayunando como si nada. ¿Qué quería doña Fabiola?, curioseó Mabe. Pues nada, que no se me olvidara tomar la gravol de regreso.

Toda la comida preparada por doña Iris estaba hecha en su mayoría con base en maíz: tortillas, pan, atol, guisos, bizcochos. Yo le confesé a la doña que solo me había limitado a conocer el uso del maíz en las palomitas en el cine.

Ratatás nos llevó a muchos lugares. Por ejemplo, nos presentó a su tío el sacerdote del pueblo, Efraín, que nos invitó a la casa cural. Ahí tomamos rompopé que le traían las monjas; por cierto, nos dijo que no era nada raro que estuvieran de camino, pues lo visitaban cada quince días. Fuimos a las cataratas y a la poza. Nos llevó también a ver la monta de toros, a la que asistía todo el pueblo y la que formaba parte de las fiestas en honor a la santa patrona, cuyo nombre, a diferencia de mi cole, era en español, tal y como tiene que ser, nada de esas culeoladas de *Saint*.

Al caer la tarde nos fuimos a la playa. Ahí Mabe nos dijo que tenía hongos. Ratatás se frotó las manos: Hace rato no le llego a los honguitos. Nos mandamos varios y mientras nos poníamos muy locos contemplamos el atardecer.

El sol era una bola de luz anaranjada, grande tan grande que cubrió todo de luz. El mar también agarró un color amarillo y la arena era tan blanca tan blanca que parecía resplandecer y yo empecé a hacer figuras con la arena y las figuras que hacía tomaban vida como un castillo que hice y que cobró vida entonces hacía dibujos en la arena y esas figuritas se convertían en guardianes del castillo y del mar vi salir un ejército de estrellas marinas que subían como si fueran juegos pirotécnicos y se incrustaban en la panza del cielo y del cielo caía algo como sangre pero no era sangre era jugo de luna dijo una voz a mi lado. A lo lejos pude ver cómo las ballenas se comían el sol a mordiscos como si fuera una galleta y a las ballenas que comían del sol en lugar de botar agua del orificio que tienen en el lomo lo que les salía eran chorros de luz y fuego y caminé hasta la orilla del mar y podía ver bandadas de peces y delfines y moluscos brillantes y plantas y me metí al mar y el agua estaba tibia y me sentía tan feliz me sumergía y podía ver con claridad en el fondo un carnaval que los caballitos marinos comandaban y las anguilas adornaban con su luz el paso de la caravana hasta que una ola que tenía forma de puño me golpeó y salí del ahí y caí en la arena.

Casi se ahoga, mae, dijo Ratatás. Te dio un *ride* muy gacho, dijo alarmada Mabe, pero me valió picha, yo estaba feliz.

Cuando no la pasábamos con Ratatás y su familia la pasábamos en la playa, donde hicimos amistad con una pareja de holandeses; ambos eran surfos. El mae se llamaba Eric Van Der Myer y tenía veintiún años; la güila, su novia, diecinueve años, y se llamaba Sonja Van Puten. Estaban hospedados en un hostel muy *hippie*, cuyo dueño era un italiano que le dio a su hotel un aire budista y pasaba todo el día quemando incienso acompañado por música relajante.

Con Eric y Sonja a veces se nos iba el día tomando Cacique, fumando mota y escuchando Peter Tosh. Les presentamos a Ratatás, quien intentó de buenas a primeras ligarse a Sonja pero no pudo; la güila cada vez que lo veía se escondía; otras veces le mostraba un abierto desprecio y decía en la pura cara: “Let me alone, asshole”. Puteado por no sacarle a la güila ni un beso, Ratatás dejó de andar con nosotros y se lamentó de haberse guiado por prejuicios sobre los holandeses, a quienes creía más abiertos y los catalogó como una manga de malparidos, no sin antes desearles mala suerte en los mundiales. No obstante, la amistad con ellos por parte nuestra se mantuvo inalterable y Ratatás nunca nos reclamó.

Mabe se llevaba muy bien con Eric dado que el chavalo estudiaba arte y Mabe adoraba a los pintores holandeses, especialmente a un tal Vermeer. Eric y Sonja intentaron enseñarle a Mabe a surfear, yo en cambio y pese a los ruegos prefería verlos desde la playa, no me atrevía

a acompañarlos; qué va, el mar y yo no éramos compatibles. Los que sí eran compatibles eran Mabe y Eric y aquella química entre los dos se hacía más intensa cuando estaban pijados, se acercaban mucho y el contacto físico era más notable; risas y susurros al oído.

¿Qué si sentí celos de la relación tan estrecha entre Mabe y Eric?, debo decir que sí, un poco, es natural creo yo, pero no podía hacerle un numerito a Mabe porque la conocía muy bien y era capaz de regresar a Chepe sin mí si se lo hubiera hecho. Pero no me quejo porque yo con Sonja la pasaba muy bien hablando de cualquier cosa, todo en inglés, obvio, a veces en español, básicamente enseñándole malas palabras, las que Sonja repetía y se cagaba de risa. Ella me contó que por petición suya fue que visitaron el país, gracias a la fama que tenían las olas de nuestras playas.

Una noche, en la que estábamos bien cruzados por la cantidad de *creepy* y Cacique que nos habíamos zampado desde buen temprano, Sonja y Eric nos invitaron a su cuarto de hotel en donde nos enseñaron en su *laptop* fotos de su país, de algunos museos y esas varas. A esas alturas estábamos tan locos que cualquier broma era motivo de risa.

Cuando Mabe les dijo buenas noches advirtiéndoles que era hora de dormir, Eric nos detuvo, miró a Sonja y nos habló en un español extraño: Mañana regresar a Holanda. Ustedes nos parecen *cool* y como hoy es la última noche en Cousta Rica quiero hacer una propuesta a

vosotros: yo quiero hacer amor a Mabe y Sonja quiere hacer amor a Bernal, y bueno, quiero saber qué pensar vosotros. Así de simple, casi cínico en su propuesta el hijueputa.

Mabe me miró, yo no supe qué decir, entonces ella dijo que sí, que aceptábamos; y eso pasaba: yo siempre me iba detrás de Mabe, su decisión era mi decisión, qué falta de criterio, ¿verdad? A Eric y a Sonja se les dibujó una risotota. Eric se quitó el *short* con suma naturalidad, igual Mabe, que no perdió tiempo y se quitó el sostén del traje de baño. Yo me extrañé, le pregunté a Eric que en dónde íbamos a pisar Sonja y yo, entonces Eric contestó con malicia que en el mismo cuarto. La idea me excitó y me puso un toque nervioso.

Eric se quitó el ridículo calzoncillo y quedó chingo y bien templado. Sin tiempo que perder empezó a apretarse con Mabe; se recostaron en la cama y Mabe se acomodó el pelo y empezó a chupársela, no le importó semejante jungla allá abajo. La imagen no me gustó, me hice el maje y a disfrutar el momento, no tenía de otra.

Sonja me besó y se quitó el sostén y aquel par de tetotas saltaron a la vista. ¡Boing! Las agarré y las chupé, eran grandes y duras, y ella me sacó la picha y se la metió entre las tetas y ahí me la empecé a sobar, era la primera vez que hacía un sobo ruso. Yo le quité a Sonja el bikini y por suerte se dejaba ver una línea de pelos, lucía bien rico, en los muslos se notaba un poco de celulitis, pero tenía un culo pálido y apretado. Sin tiempo que perder empecé a chuparla,

disfrutaba penetrarla con la lengua y abrirle los labios vaginales, rellenitos y rozados. Sonja respiraba acelerada y se pellizcaba los pezones. Eric hacía lo propio con Mabe, y ver cómo otro le daba placer me excitó aún más.

Cuando las mamadas en ambas parejas terminaron, Eric se dirigió al armario del cual sacó dos condones y me tiró uno a mí. Sonja me lo colocó, se sentó encima y empezó a cabalgar muy bien, era bastante voluntariosa la muchacha. Mabe se había puesto de cuatro y Eric la embestía. Cuando me vine, Sonja me ofreció sus tetas, y cuando Eric se vino, se regó dentro del condón. Mabe no dejó que se le regara encima.

Nos invitaron a pasar el resto de la noche con ellos. Yo me quedé en el suelo, dormido al lado de Sonja, quien puso su cabeza en mi pecho y lo usó a manera de almohada, el pelo le olía a sudor. Mabe estaba en la cama, boca abajo, y Eric se quedó dormido a su lado, en posición fetal.

Entrada la madrugada, Sonja me despertó dándole besos a mi picha inerte. Cuando me di cuenta volvió a templarse y ella empezó a chuparla nuevamente. Mabe se despertó y nos vio, se acercó a gatas para compartir mi picha con Sonja. La empezó a chupar, luego ambas se empezaron a besar y a tocar. Sonja se agachó y mamó a Mabe. Yo me la sobaba viéndolas. Mabe se inclinó y me la chupó con un fuerzón que me hizo regarme en pocos minutos; se comió el

escaso semen que escurría de la punta, y a través de un beso le pasó mi leche a la boca de Sonja, quien luego me besó los güevos, me sonrió y se quedó dormida, y Mabe volvió a la cama.

Mientras volvía a conciliar el sueño, me entró la goma moral: con dieciséis años había estado en una orgía. ¿Qué va ser de usted cuando tenga veintiséis?, escuché esa pregunta en mi cabeza. De seguro estaré en una clínica de rehabilitación para drogas o condenado al sida, respondí. Y de verdad me sentí mal, tenía vergüenza de besar a mi mamá con la misma boca que le había chupado el panocho a una holandesa desconocida, con la misma boca por donde me metía drogas, y de pronto todo el lugar, con Mabe incluida, me pareció ajeno, desconocido, lejano, y tenía ganas de bañarme, de lavarme los dientes, los dedos, de cortarme las uñas, el pelo; quise ser serpiente y cambiar de piel, borrar de mí esa sensación y mientras pensaba todo aquello me fui quedando dormido.

Mabe me despertó a eso de las nueve de la mañana. Eric y Sonja seguían durmiendo. Me pidió que jaláramos cuanto antes, pero en silencio. Así lo hicimos.

Empezó a llover (según las noticias, en el mar Caribe se estaba formando un huracán) con tal magnitud que los ríos se salieron e inundaron algunos poblados de Puntarenas y despedazaron varios puentes, lo que obligó a muchas familias a evacuar sus casas. En pocas horas se movilizó

desde San José todo un contingente de periodistas, el cual no traía consigo ninguna ayuda, sino sus preguntas estúpidas y sus fotos de portada bien *hardcore*. Preguntas como: ¿Ha llovido mucho, señora? ¿Tuvieron que movilizarse, les fue difícil me imagino? ¿Qué piensan hacer de ahora en adelante? Aunque claro, la gente respondía que solo esperaba la ayuda del gobierno.

Por tal motivo, nos quedamos estancados en la choza de Ratatás más de lo esperado y mi ropa no daba abasto y se me caía la cara de pena que la mamá de Ratatás estuviera lavándola, así que compré varias mudadas en el almacén que tenía a mano: “Modas Catherine: Ropita americana de calidad”. Cuando la intensidad de las lluvias mermó un toque y vimos que la familia de Ratatás no se vería afectada, Mabe y yo decidimos regresar a Chepe, a nuestra vida cotidiana y yo, por mi parte, a enfrentar a mi mama. Ratatás nos dijo que se quedaría otro tiempo, aunque no mucho, a lo sumo una semana más, hasta cuando su tata volviera de la pesca de langostas.

Mabe y yo nos despedimos de él, de su mamá y su hermanita, muy linda como para ser hermanilla de alguien tan horrendo como Ratatás.

Como pasa en las carreteras de Costa Rica, que más que carreteras parecen la superficie de la luna, nos topamos con un accidente, lo que nos atrasó. Mientras pasábamos al lado del choque nos dimos cuenta de que un furgón había impactado de frente con una buseta de monjas misioneras. ¡A la mierda el rompope del padre Efraín!, pensé.

Afuera llovía con viento y había bancos de densa niebla; Mabe tuvo que poner las luces altas para no llevarse ningún susto, principalmente a la altura de la cuesta de Cambronero, máxime con lo que acabábamos de presenciar. Sabiendo que íbamos a durar unas horas, aproveché para preguntarle cómo se había sentido con la experiencia vivida con la pareja de holandeses. Muy tuanis la verdad, además Eric me pareció un mae muy pura vida y cogía rico y la güila una rica, dijo soltando una carcajada. ¿Por qué la pregunta, Berny? Le dije que también había gozado de la experiencia, sin embargo había experimentado cierto remordimiento, ya que para mí había sido una vara muy fuerte. ¡Ay mae, no me vengás con sentimientos de culpa! ¡Me agüevás! Lo que faltaba, que te pongás en esos planes en pleno siglo veintiuno. La vida es un chingue, hay que vivirla, hoy estamos mañana no, como dice Ricky: “Livin’ la vida loca”. Yo le contesté: Mabe, la verdad que no me cuadra eso de ser tan abiertos con nuestra relación, no me cuadra mucho eso de andar culeando con uno y con otro solo porque estamos jóvenes y tenemos toda la vida por delante.

Ella seguía con la mirada en la pista. Mae, dijo después de un silencio, le voy a decir una vara: yo cuando estoy con alguien soy por derecho legal y en todo este tiempo en que hemos estado juntos nunca le he puesto los cuernos, y no es por jugar de culote, pero me han salido, estando con usted, buenos polvos y los he negado por respeto a esto que tenemos, y si cogí con

el mae fue porque usted estaba presente, porque los dos estábamos ahí viéndonos y grábese esto Bernal: no me gusta hacer las varas por la espalda. Yo la interrumpí: Pero a veces vos hacés cosas y yo no sé cómo interpretarlas. ¡Bernal, qué mala nota, parece que todo este tiempo a mi lado ha sido como echarle agua a un canasto! ¿No viste que no dejé que Eric me echara la leche encima? La única leche que acepto es la tuya; me duele que no me conozca. Le reclamé que a veces me siento manipulado por ella, entonces Mabe se cagó de risa. ¡No sea tan *pussy*!

Las escobillas del parabrisas no daban abasto con tanta agua, las presas llegando a San José eran largas y lentas. Mabe, como chofer que conoce los atajos de Chepe, se metió por uno y en menos de media hora me dejó al frente de mi casa. Yo vivía en Sabana Sur y ella en Rohrmoser. Cuando me bajé del carro, caía un chubasco. Bueno, en lo personal, me relajé bastante este viaje, Berny voy a ver qué cuentazo les meto a los profes. Nos besamos y Mabe me deseó suerte con mi mamá. Tenía el estómago, a raíz del viaje, hecho un nudo.